

*EL PERIODISMO COLOMBIANO EN EL SIGLO XIX*

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

Si alguna falla de proporciones existe en la bibliografía colombiana en el orden de lo historiográfico, es la que concierne a la vida, pasión, juicio, infierno y gloria del periodismo nacional; falla tanto más extraña y paradójica si se repara en que este ha sido, y tal parece que habrá de serlo mientras perviva la reputación cultural que nos ampara, —un pueblo de escritores, en proporción lógica y justa con su circunstancia de cubrir un país de ciudades. Pero el más agudo aspecto de la paradoja lo ofrece el hecho palmario de que precisamente la actividad periodística, vocacional o improvisada, eventual o sostenida, esporádica o tradicional, como estrategia de urgencia o como romántica aventura— actividad periodística en que casi ningún colombiano, aun de exigua significación intelectual, ha dejado de embarcarse, enrolado así sea de grumete gaviero o bodeguero, es la que a la postre ha mantenido al escritor de oficio desplazado de tan exigente pero exornante menester crítico de historiador campal, ecuménico, del periodismo colombiano. Lo cual viene a ser algo así como la ilustración de aquel paradójico apunte: los árboles no dejan ver la selva.

Oteando analíticamente sobre las posibles explicaciones del fenómeno —vacío de historiografía periodística— pudiera proponerse quizá la de que 150 años de vida propia alcanza apenas a conformar la adolescencia de una nación: es como si dijéramos una mujer que por falta de entidad, así en el cuerpo como en el espíritu, no ha podido aún tener historia. Pero también podría plantearse el aspecto en los términos contrarios, y señalar, por ejemplo, que el periodismo tiene la cualidad de instituir por sí su propia historia, su autobiografía histórica; entrega sus propias reminiscencias, dicta sus memorias, escribe su diario.

Sea de ello lo que fuere —como dice uno de esos que un poeta periodista llamó “los rípios providenciales”— el hecho es que a estas alturas, pasada ya la mitad del siglo XX, seguimos contando para noticiarnos, más estadística que críticamente sobre un particular de tanta monta, tan solo

con nuestro viejo y encantador Vergara y Vergara en las páginas de su *Historia de la Literatura de la Nueva Granada*, dedicadas al periodismo; y eso en qué dosis: 7 páginas en el tomo primero, en las que nos presenta al perillustre cubano bayamés, padre de nuestro periodismo, don Manuel del Socorro Rodríguez, en cuyas manos la fundación del *Papel Periódico de Santa Fe*, fue, contra todo lo que pareciera obvio pensar, bastante más que *obra de carpintería*. Luego, otra escasa decena de páginas para hablar-nos ultrasomeramente del *Semanario*, de Caldas, del *Diario Político* puesto en las plumas y mentes del mismo Caldas y de don Joaquín Camacho, los periodistas próceres del 20 de julio de 1810; de *La Bagatela*, de don Antonio Nariño, genitor magistral del periodismo de oposición —ventrículo y aurículo izquierdos en el órgano vital del periodismo de ideas y principios; del *Anteojito de Larga Vista*, de Jorge Tadeo Lozano y José Manuel Manrique, apenas mencionado de nombre; del *Correo Curioso, Erudito, Económico y Mercantil*, “mazorral por la materia y el estilo”, lo califica donosamente el historiador y crítico Vergara y Vergara, pero le reconoce, al menos, el mérito de haber ofrecido el primer documento realmente curioso —*chiva*—, dirían los reporteros, —*choz*— aconseja mi eminente to-cayo el *de Mesa* —yo soy el de banca, con minúscula desde luego— que se leyerá en el periodismo granadino, a saber, el censo pormenorizado de Santafé de Bogotá al expirar el siglo XVIII; de la *Gaceta Ministerial de Cundinamarca*, de José Miguel Montalvo y José María Gómez de Salazar, periódico gobiernista de Nariño; de *El Argos Americano*, de José Fernández Madrid y Manuel Rodríguez Torices, llamado también *El Argos de Cartagena* y más tarde *De la Nueva Granada*, de gran tono en su redacción y calidad en su material; de *El Patriota*, del General Presidente Santander, ministerialista como era su deber, y de su contrafómeque *Los Toros de Fucha*, de Nariño. Por cierto que vale muy bien recordar, como ejemplo de hidalguía, el final de la tremenda polémica entre los dos prohombres enfrentados políticamente. El periódico santanderista era de exiguo tamaño y su precio de ejemplar era medio real, lo que dio para que Nariño lo llamara con tajante ironía “el patriota de a medio”. Pero llegó el momento en que Santander no quiso seguir disputando con el más grande de los granadinos entonces; buscó la reconciliación y desde ese día el gran cucuteño fue de los mejores amigos del gran santafereño, a quien trataba de palabra y por escrito “con un respeto lleno de ternura” —dice textualmente don Chepe Vergara.

Fuera de los anteriores, sobre cuyos datos se extiende un poco nuestro Vergara y Vergara, en los dos tomos de su *Historia* se encuentran diseminados profusa pero muy someramente determinados muchos otros periódicos de menor y muy incidental importancia, y cuya presencia en la bibliografía de la prensa colombiana tiene simple valor documental. Pero sobre los numerosos y extraños vacíos que en punto a relación informativa sobre periódicos y prensa tiene la *Historia* de Vergara, las extensas notas y apéndices incorporados a la edición que de esa historia se hizo en 1931 por don Antonio Gómez Restrepo y don Gustavo Otero Muñoz, —colombianos insignes y beneméritos polígrafos de nuestra cultura historiográfica y literaria—, llenan todos los intereses y fijan fuentes de abastecimiento para la investigación y la crítica, especialmente en los años de 1823 a 27;

por ejemplo, *La Espada de Holofernes*, del Padre Francisco Margallo, *La Indicación*, de don Vicente Azuero, *El Correo de Bogotá*, del mismo, con Francisco Soto y Diego Fernando Gómez, y *El Conductor*, de este último; hojas todas estas que dentro de lo efímero de sus vidas y lo lugareño de sus motivaciones y estímulos, representan, sin embargo, buenas cartas en la baraja de nuestra prensa naciente.

Al protohistoriador del periodismo colombiano, el muy noble y exquisito Vergara y Vergara, síguele en tiempo y cuantía don José Antonio de la Plaza, con su *Bosquejo de la Historia de la Prensa Granadina*, publicado en el periódico *La Regeneración*, de Bogotá. Esas páginas constituyen, dentro de su brevedad, uno de los primeros ensayos de alguna entidad sobre el periodismo nacional, acabando de mediar el siglo XIX. Benemérito altamente, por laborioso, este ilustre escritor neogranadino a quien se le debe, como a los historiadores Zamora y Fernández de Piedrahita, haber salvado muestras del estilo de Jiménez de Quesada en sus perdidas obras.

El tercer renglón de historiógrafos o biografistas del periodismo colombiano le corresponde a don Isidoro Laverde Amaya. Todos sus colegas posteriores están acordes en declarar que este meritísimo colombiano es uno de los más serios, fidedignos, cuidadosos y fervientes obreros de la materia. Y como son tan pocas las circunstancias y oportunidades que los colombianos gustamos de aprovechar para bien hablar del prójimo en general y de los colegas de oficio y beneficio en particular, voy a permitirme revivir aquí, en micro-homenaje, el perfil de historiógrafo de don Isidoro Laverde Amaya, trazado por la galana pluma —no escasas veces gavilana pluma— de Javier Arango Ferrer, y montado como un medallón, como un camafeo, en una tersa página de Gabriel Giraldo Jaramillo, en su munífica *Bibliografía de Bibliografías*. Dice:

“A muchos de nuestros escritores se les podría llamar príncipes de nuestras letras, si tal denominación no fuera ya un ripio de mal tono; pero creo que héroes de nuestras letras hay solamente uno: Isidoro Laverde Amaya, por su *Bibliografía Colombiana*”. Y continúa, por su propia cuenta, Giraldo Jaramillo:

“Laverde Amaya fue un fervoroso admirador de nuestra tradición literaria, un espíritu abierto a todas las inquietudes de la inteligencia, un acucioso testigo de la producción intelectual del país; dejó páginas tan acertadas como su *Viaje a Caracas*, muestras de su espíritu crítico y de sus calidades de buen lector en sus *Fisonomías Literarias de Colombianos*, y sobre toda prueba irrefutable de su laboriosidad en sus *Apuntes sobre bibliografía colombiana*, cuya primera edición se publicó en Bogotá en 1882, seguida de una cuidadosa antología; la segunda edición, que constituye en verdad una obra nueva, aunque inferior, a nuestro entender, a la primera —*Bibliografía Colombiana*— aparecida en 1895, contiene las obras en orden alfabético de autores colombianos; el primer volumen, único publicado, solo llegó hasta la letra O. Una vez más una notable obra bibliográfica había de verse interrumpida. El trabajo de Laverde Amaya ha sido, sin embargo, la fuente fundamental de consulta de investigadores y

bibliógrafos nacionales y extranjeros; a pesar de estar inconclusa y de su relativa antigüedad, continúa siendo uno de los monumentos de nuestra historia literaria”.

Bibliografía de Bibliografías Colombianas. — Gabriel Giraldo Jaramillo. — Pág. 22. — Bogotá, 1954. — Edit. PAX).

La nómina de bibliógrafos o cronistas del periodismo nacional continúa jerárquicamente con el payanés don Gustavo Arboleda, periodista el mismo, historiador de señera independencia, bibliografista detallista y ameno. Dentro de su erudita labor sobre introducción de la imprenta en las diferentes zonas del occidente colombiano produjo minuciosos apuntes y valerosos justiprecios sobre el respectivo periodismo; por ejemplo, el de Popayán, el de Pasto, el de Cali, el de Manizales, y un ensayo con visión de conjunto *El Periodismo Nacional*, publicados en folletos breves, y los más en el por cien títulos valioso *Boletín Histórico del Valle*, de su propia dirección, todo ello en las tres primeras décadas del siglo presente.

Un solio monseñorial en el Capítulo metropolitano de los bibliógrafos de la prensa nacional le debe ser asignado a don Eduardo Posada por su obra fundamental que abarca la materia producida, a saber, las publicaciones periódicas de Bogotá desde 1738 —año de la introducción de la imprenta— hasta 1834, con descripción detallada y transcripción exacta de las primeras páginas de ellas. Los 80 años (1862-1942) que este formidable hombre de labor estudiosa y crítica lució en el mundo colombiano de la literatura historiográfica son un ejemplo destellante de fervor espiritual por la cultura y por la inteligencia para el magisterio de la verdad. Sea honrada y venerada su memoria gratisima.

En Gustavo Otero Muñoz la bibliografía y la historia, la investigación y la crítica, enfocadas no ya como menester circunstancial, eventual, colateralmente, sino objetiva y medularmente, hallaron un gestor y realizador tan experto como acucioso, tan sagaz como pulcro, tan noble como atildado en el ejercicio de la pluma. En su extensa y densa producción que va desde la *Historia de la Literatura Universal* hasta las zonas más circunscritas y menos visitadas del antologismo literario, pasando por el ensayo, la biografía y la semblanza de prohombres y de ciudades genitoras y patrias de la República, se destaca con relieve especial su *Historia del Periodismo en Colombia*, que con el número 61 integra los cien volúmenes de la archifamosa Selección Samper Ortega. Como gracias al Cielo yo soy un romántico de tiempo completo, impenitente y pertinaz, a lo cual le debo mi buena salud, prescindo de mis propios juicios y sentimientos, no sea que los sindiquen de hiperbólicos y vacuos, para reemplazarlos con los de Daniel Samper Ortega, señor de maciza ecuanimidad y autorizado concepto, en la valoración crítica de nuestro insigne Otero Muñoz. En el prólogo de la *Historia del Periodismo*, dice lo siguiente:

“La producción de Otero Muñoz es densa, meticulosa y útil; a él le debemos el conocimiento de diversas figuras coloniales que se les habían quedado entre el tintero a quienes le antecedieron en el estudio de la Literatura Colombiana; le debemos, sobre todo, *La Historia del Periodismo en Colombia*, única que se ha escrito, y que viene a ser el complemento indis-

pensable de nuestra historia general, pues en las efímeras hojas en que tan abundante fue el siglo pasado, vieron la luz estudios jamás recogidos en volumen, pero de los cuales no puede prescindirse ogaño para el buen conocimiento de nuestro pasado. En este mismo sector del periodismo somos deudores a Otero Muñoz de una obra que corre sin firma, porque se trata de una publicación oficial, pero que muestra como ninguna otra su consagración y su paciencia: el catálogo de todos los periódicos que existen en la Biblioteca Nacional desde su fundación hasta el año de 1935 inclusive, donde se detallan algo más de trece mil colecciones con el dato de los números que faltan en cada una. Y contiene además dicho catálogo una descripción bibliográfica de la época de la Gran Colombia, perteneciente al fondo Quijano Otero, donde se hallan las características y escritos principales de las publicaciones más importantes"... De la *Historia del Periodismo en Colombia* corre impreso el volumen primero, que se extiende desde la introducción de la imprenta hasta el final de la reconquista española (1737-1819). Del volumen II de la misma obra, que abarca lo relativo a la Gran Colombia (1819-1830) ha sido publicada una parte en los ya citados *Catálogos* de la Biblioteca; y un resumen crítico general, desde 1791 hasta 1890; resumen que constituye el prealudido tomo 61 de la Selección Samper Ortega.

Para redondear este medallón de justiciera constancia, y por los motivos mismos que nos hicieron citar a Javier Arango Ferrer y a Giraldo Jaramillo al aludir a Isidoro Laverde Amaya —la solícita negligencia de la crítica colombiana para hablar bien de los auténticos merecimientos de un prójimo y con mayor razón si se trata de un colega en preocupaciones, actividades y producciones poligráficas— es imperativamente honesto y justo transcribir un aparte inicial del prólogo de Samper Ortega:

"En estos países tropicales donde el prestigio de un hombre se improvisa con un golpe de audacia y donde es fácil conquistar toda clase de ditirambos para un libro de relumbrón, es inexplicable el caso de un trabajador tan constante y escrupuloso como Gustavo Otero Muñoz. En efecto, a la fecha —(Samper Ortega escribía esto hace 24 años)— él podría ser ampliamente conocido y alabado en todo el país si se le hubiera ocurrido aplicar una décima parte del tiempo que ha destinado a la investigación, a conquistarse amigos en los círculos que fabrican o desbaratan hombres, según piensan esos círculos, cuando toman a alguno por su cuenta en las columnas de los periódicos. Por fortuna, Otero Muñoz puede estar seguro de que no existe nada más deleznable que el elogio o el ataque de una hoja periódica; mejor que nadie lo sabe él, historiador del periodismo en el país, pues bien ha podido apreciar que de los ídolos que levantaron los cronistas de hace décadas no queda hoy en la conciencia colombiana ni la más leve sombra de un recuerdo, al paso que otros escritores, desdeñados en sus días porque no cortejaban la popularidad, se quilatan momento por momento en el aprecio nacional. Tal, por ejemplo, de Rojas Garrido, orador aplaudido si los hubo y bohemio de grandes simpatías, quien, comparado con don Felipe Pérez, se hallaba de él a una distancia astronómica, en el sentir de sus contemporáneos. Pero al paso que de Rojas Garrido quedan solo referencias anecdóticas y escasas, a don Felipe Pérez es menester consultarlo para cualquier estudio fundamental sobre el país".

A escala de menos amplitud bibliográfica y menor ámbito histórico, la historiografía de la prensa colombiana ha contado con obreros muy calificados que, ya objetiva, ya tangencial o circunstancialmente, han aportado el que pudiéramos llamar material seccional. Así, por ejemplo, el periodismo en Antioquia durante su primer medio siglo fue materia magníficamente elaborada por Bernardo Puerta y don Luis Latorre Mendoza; el periodismo de Boyacá ha sido historiado con solicitud y precisión por los académicos de historia don Ramón Correa y don Pablo Cárdenas Acosta; el de Manizales ha sido historiado, en sus años de 1874 a 1939, por don Luis Eduardo Puerta, por don Mariano Brián y por Gustavo Arboleda; el de Santander cuenta con una visión de conjunto desde sus orígenes hasta 1942, en las eruditas exposiciones que en el Centro de Historia de Santander, en Bucaramanga, desarrolló el eminente escritor y académico de historia doctor Horacio Rodríguez Plata; el de Nariño, y la historia de la imprenta en el sur del país durante el siglo XIX halló vocero magistral en un veterano zapador de estas empresas en que juegan ciencia, conciencia y experiencia; quiero aludir así a Sergio Elías Ortiz, tan cargado de merecimientos como agobiado por su austeridad y modestia. El periodismo del Cauca aparece empadronado con ese límpido y ágil dominio de Gustavo Arboleda, historiador y periodista, en sus inapreciables *Apuntes sobre la Imprenta y el Periodismo en Popayán*, opúsculo que hoy es una verdadera rareza, editado en Guayaquil, en 1905, trabajo que Arboleda dedicó a Isidoro Laverde Amaya, "en testimonio de sincero reconocimiento" al maestro de la bibliografía colombiana. Eran épocas, señores, en que la gratitud era todavía una actitud del espíritu.